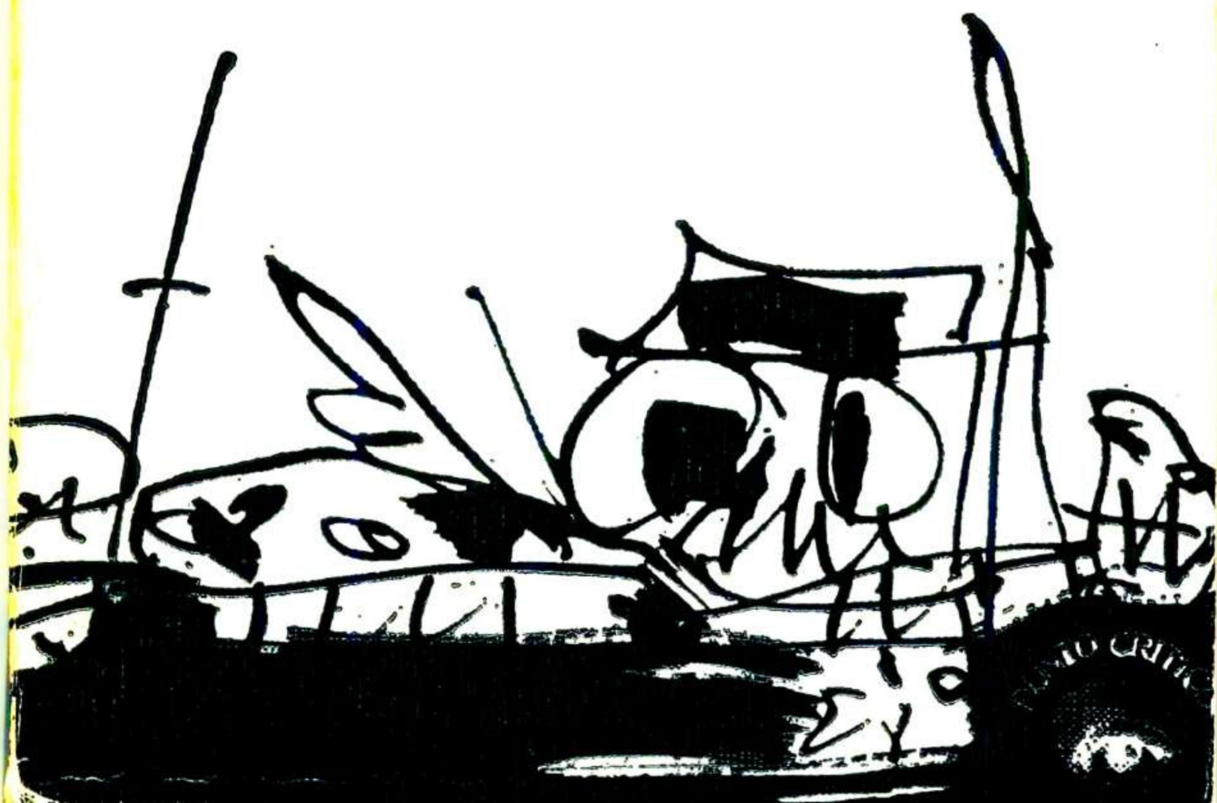


Ramon Chao

**DESPUES DE
FRANCO
~
ESPAÑA**

Introducción de Tierno Galvan



En una conferencia de prensa celebrada el 30 de junio de 1974 en los salones del hotel Continental, de París, Rafael Calvo Serer y Santiago Carrillo anunciaron la creación de la Junta Democrática de España.

Tras un análisis de la situación política española, y de precisar que la misión de la Junta residiría en "coordinar, impulsar, promover y garantizar el proceso susceptible de reinstalar la democracia política en España", y que (la Junta) "sería disuelta el día en que un poder político surgido del sufragio universal se instaure en España", Calvo Serer y Santiago Carrillo informaron que otra conferencia de prensa análoga se estaba celebrando en el mismo momento "en algún lugar de España". En ambas, delegados de la Junta presentaban a los periodistas el siguiente programa:

Programa de la Junta Democrática

1. La formación de un Gobierno provisional que sustituya al actual, para devolver al hombre y a la mujer españoles, mayores de dieciocho años, su plena ciudadanía mediante el reconocimiento legal de todas las libertades, derechos y deberes democráticos.
2. La amnistía absoluta de todas las responsabilidades por hechos de naturaleza política y la liberación inmediata de todos los detenidos por razones políticas o sindicales.
3. La legalización de los partidos políticos, sin exclusiones.
4. La libertad sindical y la restitución al movimiento obrero del patrimonio del Sindicato vertical.
5. Los derechos de huelga, de reunión y de manifestación pacífica.

6. La libertad de prensa, de radio, de opinión y de información objetiva en los medios estatales de comunicación social, especialmente en la televisión.

7. La independencia y la unidad jurisdiccional de la función judicial.

8. La neutralidad política y la profesionalidad, exclusivamente militar para la defensa exterior, de las Fuerzas Armadas.

9. El reconocimiento, bajo la unidad del Estado español, de la personalidad política de los pueblos catalán, vasco, gallego y de las comunidades regionales que lo decidan democráticamente.

10. La separación de la Iglesia y del Estado.

11. La celebración de una consulta popular, entre los doce y los dieciocho meses —contados desde el día de la restauración de las libertades democráticas—, con todas las garantías de libertad, igualdad de oportunidades e imparcialidad, para elegir la forma definitiva del Estado.

12. La integración de España en las Comunidades europeas, el respeto a los acuerdos internacionales y el reconocimiento del principio de la coexistencia pacífica internacional.

Formada inicialmente por el partido comunista, por el partido socialista popular español, por el partido del trabajo, por las alianzas socialistas de Andalucía y de Castilla, y por personalidades sin partido, de las cuales la más conocida es Rafael Calvo Serer, la Junta Democrática se fue transformando en **Juntas democráticas**, que surgieron por todo el territorio. Se trata de plataformas unitarias en las que coinciden grupos y partidos políticos, fuerzas sociales y personas a título individual, con el único objetivo de "asegurar pacíficamente la transición hacia un régimen democrático".

Hoy, las Juntas democráticas tienen una implantación real en todo el país, tanto geográfica como en los sectores sociales y profesionales. Hay Juntas en las asociaciones profesionales, en la Iglesia, en los sindicatos y Miguel Acoca, corresponsal del "Washington Post", asegura que algunas funcionan incluso en el Ejército.

Las Juntas están estructuradas a nivel de región, de provincias, de capitales, de pueblos, y sus responsables aseguran que, incluso, de manzanas y de casas. En esto han copiado la organización de las Juntas formadas a principios del siglo XIX, en el momento de la invasión francesa: "De esta forma —escribe sobre ello Carlos Marx—, Napoleón, que al igual que todos sus contemporáneos consideraba a España como un cuerpo inanimado, tuvo la sorpresa fatal de descubrir que, si bien el Estado español había muerto, la sociedad española se encontraba llena de vida y que por todas partes desbordaba la voluntad de resistencia."

La Junta Democrática ha sido reconocida internacionalmente y también, en cierto modo, por el régimen español. Este último se manifestó, en primer lugar, por la prohibición hecha a la prensa de hablar de la Junta. Así, hasta mediados del mes de marzo de 1975, los periódicos españoles tuvieron que utilizar todo su arsenal metafórico para aludir a la "llamada" o a la "ilegal" Junta Democrática; se había perdido toda precaución retórica, y la Junta estaba en las conversaciones políticas, en la estrategia de todos los partidos y había provocado la declaración de don Juan, cuando el 24 de julio Arias Navarro anuncia la creación de una ley especial contra el comunismo y sus aliados.

Este reconocimiento oficial es evidente también a través del trato especial que merecen los miembros de la Junta: retirada de pasaportes, multas, prohibiciones de conferencias, procesamientos y ataques personales.

En el aspecto internacional, la Junta mantiene relaciones permanentes con la Comunidad Económica Europea. Estas relaciones han sido reconocidas públicamente en un telegrama enviado al embajador de España ante la CEE. Después de una serie de entrevistas con delegados de la Junta, los señores Haverkamp y Simonet, vicepresidentes de la CEE, y los comisarios Cheysson, Thomson y Spinelli escribieron el 18 de marzo de 1975: "Hemos participado en estos encuentros conscientes de la significación política de los miembros de la Junta Democrática de España, y hemos conver-

sado con ellos de cuestiones políticas relativas a las relaciones entre España y la Comunidad Europea con el mismo interés y la misma cortesía que concedemos a los representantes del gobierno español, en el marco de las relaciones y negociaciones comerciales entre España y la Comunidad Europea.”

Otra comisión de la Junta es recibida en el Parlamento Europeo en su sesión de marzo de 1975. Se entrevista con representantes de las tres grandes tendencias, democracia cristiana, liberal y socialista. El nuevo presidente del Parlamento Europeo, M. Georges Spennale, recibió en su primera audiencia oficial a esta delegación, formada por Enrique Tierno Galván, Rafael Calvo Serer y José Vidal Beneyto.

Los días 9, 10 y 11 de marzo del mismo año, miembros de la Junta son recibidos en Viena por Bruno Kreisky, presidente del gobierno y de la Internacional socialista.

En los EE. UU., la Junta participa en junio del 75 en una conferencia organizada por el Found for New Priorities, en el Congreso. El otro invitado, la Embajada española, envió una carta felicitando al Congreso por el acto y excusándose. De esta forma, los únicos representantes españoles fueron Calvo Serer y Vidal Beneyto. Al acto asistieron quince senadores y veinticinco representantes, así como Mr. Langly, subsecretario del Departamento de Estado. Los delegados de la Junta visitaron privadamente a otros senadores y congresistas, como Ted Kennedy, Sparkman, Pell, Pearson, Franck Church, etc.

Fue sin duda México quien deparó la mejor acogida a la Junta Democrática. Entre el 2 y el 8 de junio, el Presidente Echeverría recibió seis veces, en presencia de la prensa, radio y televisión, a Santiago Carrillo, Calvo Serer y Vidal Beneyto. Al final de su estancia les pidió que hicieran una declaración pública en su nombre y en estos términos: “Después de nuestras conversaciones, quiero manifestarles mi comprensión, mi simpatía y mi solidaridad con el movimiento democrático español que representan las Juntas democráticas de España.”

Ramón Tamames, “cum laude”

A los cuarenta y dos años, Ramón Tamames presenta un pasado universitario de premios extraordinarios, de diplomas, de licenciaturas, de cátedras y de conferencias, que sólo un Fraga Iribarne puede ofrecer tan semejante “curriculum”. Es —digámoslo ya de entrada— la única convergencia entre estos dos estudiosos, pues al aspecto de político “tory” que el gallego cobró a la vera del Támesis responde el aire relajado y los modales mecánicos y eficientes que el economista madrileño parece haber adquirido en las Universidades yankis. Nada de lo anterior le sirvió para evitar persecuciones. Fue procesado en 1956 con motivo de su participación en el Congreso Libre de Estudiantes, y estuvo en Carabanchel desde el 10 de febrero al 17 de abril de 1956. Luego se le privó del pasaporte desde 1956 a 1960, siendo juzgado de nuevo en 1960.

Claro que, según las autoridades franquistas, merecido se lo tenía: Tamames es un economista marxista, y lo que se le hubiera perdonado a otros, fue castigado en él, por suponersele militancias clandestinas. A nadie le extrañó, pues, que apareciese al frente de la Junta Democrática de Madrid, el 14 de enero de 1976, en el hotel Eurobuilding, en la conferencia de prensa celebrada junto con la Plataforma de Convergencia.

José Vidal Beneyto, o la impaciencia apasionada

A sus cuarenta y ocho años conserva un rostro de eterno adolescente, una mirada siempre deslumbrada y unos modales nerviosos e impacientes. Todo ello hace pensar en Michel Debré, al tener también ambos un carácter apasionado, atrapar berrenchinas épicas y practicar un sofocante malabarismo verbal que nuestro hombre puede improvisar en varios idiomas. La persona ideal para el cargo que ocupa: representante de la delegación exterior de la Junta Democrática.

Es Vidal Beneyto un hombre de flechazos. El pri-

mero fue por la religión católica, y lo sufrió en el colegio de los escolapios de Zaragoza. El segundo le hizo ser víctima del Opus Dei, cuando a los dieciséis años conoció —y admiró— a su fundador, Escrivá de Balaguer. Hasta que, en 1947 —a los veinte años— abandona la Obra porque, sencillamente, había perdido la fe.

Encuentra, en cambio, el socialismo. Primero en París, con exiliados de la guerra; luego lo afina en los cursos de Merleau-Ponty. Más tarde, un año en Cambridge y cuatro en Alemania completaron la formación de este joven, a quien su padre —importante naranjero valenciano— había destinado a la exportación de agrios.

A ello se dedica con resultados satisfactorios y buenos beneficios que le hubieran podido alejar de otras actividades. Pero un buen día, Vidal Beneyto decidió aplicar su dinamismo a la lucha política, en su terreno intelectual primero. Fue uno de los principales promotores y animadores de CEISA y de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales. Ambos centros, hasta su prohibición por la Policía, fueron los más fecundos focos de los estudios de sociología en Madrid (que entonces, tristemente, era como hablar de España). Allí dieron cursos los más destacados intelectuales de todas las tendencias políticas.

El Congreso de la oposición española en Munich (1962) se celebraría gracias a sus mil idas y venidas, a sus conversaciones con Gil Robles, con Satrústegui, con Ridruejo, con todos. Esta es la segunda etapa en su evolución hacia la izquierda. La primera había comenzado en la Universidad, en su lucha contra el SEU y en la organización del Congreso de Escritores de 1956. Sus compañeros de entonces eran Luis Martín Santos, Alfonso Sastre, Eva Forest, etc.

La tercera etapa es ya de actividad directa, personal. En 1973 funda la Alianza Socialista de Castilla, y a su frente será, en 1974, uno de los fundadores de la Junta Democrática.

Rafael Calvo Serer, o la voz de sus amos

En el desconcertante panorama político español, el caso de Rafael Calvo Serer es de los más sorprendentes. Al verlo ahora, sentado a la diestra del secretario general del PC, Santiago Carrillo, no se puede evitar cierto vértigo retrospectivo: militante de Acción Española (copia de Action Française), preparó en 1936 el levantamiento de Valencia contra la República; pasó por las Brigadas Internacionales; fue el ideólogo del franquismo; luchó contra la Falange; tomó posturas liberales en los años sesenta, para encontrarse ahora en el exilio y aliado con los comunistas en la Junta Democrática. Todo ello conciliado con un catolicismo precconciliar, una constante defensa de los "valores occidentales" (nunca nadie logró que condenase explícitamente a Pinochet), una pertenencia activa al Opus Dei y una fidelidad sin tacha a don Juan de Borbón.

En realidad no existe ninguna contradicción: Calvo Serer fue y es un hombre de derechas, y a los que piensan que se trata de una pieza colocada por el Opus Dei en los lugares y en los momentos determinantes, contestará con la forma clásica, repetida hasta la saciedad, de que pertenece a la Obra como pudiera formar parte de un club de tenis, sin que ninguna de las dos cosas influya en sus opciones políticas.

Tampoco ha habido en su caso ruptura generacional. De derechas era su padre, modesto obrero metalúrgico de Valencia, que había creado en los años 20 el movimiento católico obrero de esta región. Su primera lectura fue la encíclica "Rerum Novarum", biblia del "catolicismo social" que se difundía desde el viejo caserón en la calle Caballeros. Calvo Serer logró ingresar en el Colegio Mayor Burjasot. Entre sus camaradas de colegio, futuros ministros o fascistas notables (Villar Palasí, López Ibor, Gutiérrez Ríos), Calvo Serer destacaba por su entusiasmo y capacidad de trabajo. Se había impuesto la inmensa tarea de "españolizar a Europa", para salvarla de los efectos nefastos del liberalismo, siguiendo los consejos de su "maitre à penser" de entonces, Ramiro de Maeztu.

A los veinte años es elegido presidente de la Federación de Valencia de los estudiantes católicos. Esto le lleva a Madrid en 1936, en vísperas de la guerra civil, para asistir al Congreso nacional de ese sindicato estudiantil. Propugna la creación de un Frente Universitario de derechas, junto con el sindicato fascista SEU y con los estudiantes tradicionalistas. Pero lo importante en este viaje fue el descubrimiento de "un hombre excepcional", que le produjo "una impresión enorme": monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Hasta entonces, Calvo Serer no había encontrado ninguna familia religiosa capaz de conciliar su fe con sus opciones políticas. La Democracia Cristiana, que se estaba forjando alrededor de Angel Herrera y que atraería a sus amigos y futuros ministros Ibáñez Martín y Martín Artajo, no era bastante radical para un joven rebelde fascista. En cambio, el Opus Dei, "por esa gran libertad que deja a sus adherentes", le pareció inmediatamente el grupo espiritual ideal. Escrivá de Balaguer le había dado la primera edición de su libro rojo, "Camino", en la residencia madrileña DYA (Dios y audacia, todo un programa). Al regresar a Valencia, Calvo Serer le escribió entusiasmado: "**Le había convencido**". Se hace socio numerario (que es aún hoy); sigue asistiendo a misa y comulgando diariamente, pero añade la ducha fría reglamentaria. Y, así armado, se presenta en la guerra civil.

Hay que decir que hizo todo lo posible para que ésta se produjese. En Valencia, al frente de los estudiantes católicos y de la Acción Española, organizaba provocaciones contra la República, a la par que llevaba conversaciones con los militares para organizar el levantamiento de la ciudad contra el poder legalmente constituido. Pero llegó el 18 de julio y nada ocurrió en Valencia. Los militares no se sublevaron y, en cambio, las autoridades descubrieron un verdadero arsenal de armas en el Colegio Mayor Burjasot. Calvo Serer y Sánchez Bella (futuro ministro franquista) tuvieron que huir.

Se esconde durante un año en Alcalalí, uno de los pueblos más árabes de España. Una oportuna pleuri-

tis le evita ir al frente. Pero en 1937 es requisado por los republicanos y lo incorporan en la sección cultural de las Brigadas Internacionales.

En Alcalá se encuentra con Sánchez Bella, enrolado también por la fuerza en las Brigadas. Este logrará evadirse, mientras que Calvo Serer se reincorpora a su familia gracias ahora a una incipiente tuberculosis. Un año más tarde, al terminar la guerra, su amigo Sánchez Bella irá a "liberarlo" a Alcalalí.

Todo esto fue juegos de niños, aventuras tragicómicas a las que le llevó su carácter apasionado. Pero su verdadera importancia pública y política comienza al terminar la guerra. Tenía entonces veintitrés años y se encuentra nombrado, en 1939, profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Era un momento en que el mayor mérito para entrar en la Universidad consistía en tener ideas fascistas o en vestir un uniforme; los universitarios e intelectuales se habían exiliado o estaban muertos. Una de las notas que definen el fascismo español es el haber sido hecho por mediocridades, además de su aversión por toda idea creadora. Fueron necesarios muchos años para vencer este odio primitivo, irracional, a la inteligencia. En 1942, Calvo Serer es catedrático de Filosofía, y en 1946 obtiene también la cátedra de Filosofía de la Historia.

Antes, en 1943, durante uno de sus muchos viajes al extranjero, conoció en Suiza al conde de Barcelona, don Juan, hijo del último rey de España y aspirante al trono. Se produce un nuevo flechazo, semejante al que le había hecho ingresar en el Opus Dei. Ahora entra en el Consejo Privado del Rey, en el que permaneció hasta el momento de su disolución, en 1969. Asistió, en nombre de don Juan, a las conversaciones secretas mantenidas con Carrero Blanco y Franco, sobre la educación de Juan Carlos y los problemas de la sucesión.

Pero una nueva y apasionante tarea lo llamó a España: la elaboración de una nueva ideología, que correspondiese a lo que se empezaba a denominar el "nuevo estado". Con este fin se creó en 1939 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Este cen-

tro publicaba la revista "Arbor", que dirigía Calvo Serer. En ella participaban intelectuales del Opus Dei y partidarios de don Juan (Jorge Vigón, López Rodó, Fernández de la Mora), que proclaman "el crepúsculo de las ideologías" y forman una "tercera fuerza" que iba a dar un asiento moral al régimen franquista.

Las posiciones de la "tercera fuerza" rompen, aparentemente, con el monolitismo de los vencedores de la guerra civil. Se oponen a las veleidades totalitarias y sociales de los falangistas, así como al "clericalismo" de los católicos demócrata-cristianos.

Calvo Serer, convertido en el "ideólogo del régimen", hace difundir en conferencias, en periódicos y por la radio, la hora de Marcelino Menéndez y Pelayo, dándolo como un antecedente de lo que tenía que ser la España auténtica y, por otra parte, girando en torno a los conceptos clásicos, tradicionalistas y conservadores de este escritor, intentaba, quizá inconscientemente, estancar la historia, retenerla, como si la historia hubiese llegado ya a un momento en que con un paso más adelante hubiera barrido con todos esos conceptos e ideas. Lo que estimaba era el Siglo de Oro, lo que tenía valor para él era Lepanto, su ejemplo era la Reconquista contra los árabes y la colonización de América. Esta enorme importancia del pasado y de lo histórico respecto del presente y del futuro contrastaba de una manera casi grotesca con alguna de las frases hechas, con la propaganda de los Falangistas de la primera hora, con el Himno de la Falange ("volverá a sonreír la primavera"), con los "nuevos amaneceres" que prometían, con las referencias a un mundo nuevo. La revista "Arbor" —y la ideología de Calvo Serer— trataba nada menos que de reconstruir el Imperio ("por el Imperio hacia Dios", era uno de los lemas que se leía en los muros). Cuando en 1948 el escritor falangista Laín Entralgo escribe ESPAÑA COMO PROBLEMA, en el que expone la tesis de que la nueva España debe estar compuesta por tradicionalistas y por progresistas que logren superar sus oposiciones, Calvo Serer le contesta con un libro célebre en la historia del franquismo: ESPAÑA SIN PROBLEMAS (1949), en el que repite que España ha encon-

trado, su vía desde el triunfo de la rebelión militar: sólo el tradicionalismo y el catolicismo pueden dar un cuerpo al país.

Con el nombramiento de Joaquín Ruiz Giménez al frente del Ministerio de Educación Nacional (1951) se refuerza la influencia de la democracia cristiana y se agudizan los ataques contra ella por parte del Opus Dei. En un artículo publicado en la revista francesa "Ecrits de Paris" Calvo Serer inicia una nueva orientación de la ideología de su grupo, destinada a modificar el curso del franquismo. Se enfrenta a los demócrata-cristianos, reprochándoles su liberalismo y las concesiones que, según él, hacen a ideologías nefastas para el catolicismo. Enumera el programa de la "tercera fuerza", que consistía, **grosso modo**, en la restauración monárquica, la libertad económica, una reorganización administrativa y el control de los gastos públicos. Todo ello se oponía al concepto falangista del estado autoritario, pero se haría "bajo la autoridad del Caudillo y en su nombre".

Un libro publicado en 1964, "Las Nuevas Democracias", inicia su transición hacia posiciones centristas. Esta evolución se confirmó en 1968 con su nuevo libro "España ante la Libertad, la Democracia y el Progreso". España, que según él no tenía problemas en los años cuarenta, comienza a tenerlos ahora, cuando se producen incidentes serios en las Universidades (precursores del Mayo francés), y cuando las comisiones obreras habían conseguido movilizar a los trabajadores.

El periódico "Madrid" le servirá de plataforma para exponer sus nuevas ideas. El 1 de septiembre de 1966 es nombrado presidente del Consejo de Administración, y su grupo tenía la mayoría absoluta en la empresa. Llega, pues, al "Madrid" no sólo como periodista, o como un profesional de la información, sino con un plan preconcebido, de transformar la empresa y crear un periódico independiente. El choque con las autoridades era inevitable. Fraga Iribarne, ministro de Información, le advirtió que "Franco era beligerante" en el caso del "Madrid". Calvo Serer resiste a todas las presiones, y a finales de mayo de 1968 el perió-

dico publica un editorial titulado "No al general De Gaulle", donde, bajo el pretexto de la revolución de Mayo del 68, en Francia, se insinuaba al general Franco que "había que saber retirarse a tiempo". El gobierno decide el cierre del periódico durante cuatro meses, lo que supone una pérdida a la empresa de veinte millones de pesetas. Después de su reaparición, "Madrid" toma posición, en el mes de julio de 1969, contra el nombramiento del príncipe Juan Carlos como futuro rey de España. Carrero Blanco ordena el cierre definitivo del periódico en febrero de 1970. Las conversaciones con el Ministerio de Información duran varios meses, y Calvo Serer se niega a aceptar las condiciones gubernamentales que salvarían la existencia del diario: nombramiento de un director designado por el gobierno, y abandono, ipso facto, de la línea liberal. Calvo Serer delega todos los poderes al notario García Trevijano, y se instala en Francia. Escribe en "Le Monde" un artículo titulado "Yo acuso", en el que ataca directamente a Carrero Blanco. Se le procesa en España por este artículo, se le condena a siete años de prisión, y se lanza una orden de arresto contra él.

Helo ahora en la misma situación que él mismo había contribuido a colocar a cientos de miles de españoles treinta años antes, el exilio, lo que parece darle una nueva virginidad. Pero su instalación en Francia no significa el abandono de su posición centrista. Sigue midiendo sus críticas hacia el gobierno, y si bien proclama que el primer objetivo es terminar políticamente con Carrero Blanco (de lo que se encargaría la ETA, incluso físicamente), propone luego un plan de liberalización al gobierno de Arias Navarro.

En su día fue uno de los hombres más atacados por los franquistas. ¿Qué será de él mañana? Bien lo veríamos como ministro de Información en una república burguesa. Pero sin duda no es ésa su ambición. Ocasiones tuvo de recibir puestos, honores y prebendas en el antiguo régimen.

Fiel a sus ideas y a sus amos, Calvo Serer lo es hasta el límite del sacrificio. ¿No especifica la máxima 836 del Opus Dei que "servir de portavoz al

enemigo es un error soberano, y si el enemigo es un enemigo de Dios, un gran pecado"? A menos que contase, de antemano, con la absolución de monseñor Escrivá de Balaguer.

Hoy, tras la desaparición del "fundador", y la decepción que le causó el conde de Barcelona (debido a la aceptación por parte de éste de la solución monárquica franquista), Calvo Serer se halla un tanto desamparado. Pero, consecuente con su reciente evolución, parece estar decidido a abrazar la causa republicana y a integrarse en ese partido de "independientes" que presidiría Antonio García Trevijano.

Antonio García Trevijano, la cuadratura del círculo

Una habilidad que algunos consideran diabólica, una inteligencia fulgurante para analizar los problemas y un sentido magistral de la puesta en escena. Este es Antonio García Trevijano, quien un buen día, como todo hombre genial, tuvo una idea digna de Perogrullo: el Partido Comunista es el principal enemigo del capitalismo español / la clandestinidad favorece al Partido Comunista, pues lo magnifica / hay que sacar al PC a la luz pública para desarmarlo / el gobierno es incapaz de hacerlo / habrá que emprender esta tarea fuera de y contra el gobierno. Y así, puso todas sus fuerzas al servicio de una cierta unión entre la izquierda y el gran capital, "una idea irrealizable en España, la reconciliación de la derecha y de la izquierda", nos dijo Julio Álvarez del Vayo días antes de morir.

Pero a este hombre de cuarenta y ocho años, cuyo rostro asemeja al de un almorávide que se hubiera quedado en Alhama de Granada, a este hombre no le arredra nada. ¡Hay que verlo levantarse en las reuniones del Colegio de Abogados! Imaginemos que osó presentar a Jean Jacques Servan Schreiber en 1967 en Madrid, cuando JJSS era peligroso para el franquismo, y después del recibimiento —tomates, escupitajos, piedras— que le depararon los estudiantes ma-

drileños. Fue la primera acción pública de Trevijano, y la ganó. JJSS habló en el hotel Meliá ante tres mil personas, y toda la oposición española —incluso los ácratas— interviene en el micrófono.

Todavía no era el hombre más odiado por el sistema. Empezó a serlo con motivo de la preparación de la Constitución de la Guinea Ecuatorial, colonia española que alcanza su independencia en 1968. Frente a Carrero Blanco, que se apoyaba en el entonces presidente del Gobierno autónomo, Bonifacio Ondo, para dar a Guinea una independencia puramente nominal, y frente al ministro de Asuntos Exteriores, Castiella, que apostaba por la figura de Atanasio Ndongo, para conceder una aparente independencia controlada por los colonialistas madereros, Trevijano se opone frontal y públicamente al gobierno español durante la Conferencia Constitucional. Es el abogado de los distintos grupos y etnias populares de Guinea, a quienes unifica —¡ya!— en una Constitución independentista, y luego alrededor del líder Francisco Macías. Sufraga los gastos de este grupo mayoritario y define la estrategia electoral que le condujo al triunfo y al poder. Como es sabido, todas las Constituciones son de una gran flexibilidad, y Francisco Macías empezó a ejercer un poder personal que no tiene nada que envidiar al que se practica en la antigua metrópoli. Pero aunque su fotografía presida su despacho, García Trevijano se había lanzado a otras ocupaciones. Desde el nombramiento del príncipe Juan Carlos como sucesor, en julio de 1969, trabaja en la elaboración de una base estratégica para una acción unitaria de la oposición democrática. Pensando siempre en el pacto capital-trabajo, publica en el diario "Ya" (octubre de 1967) un artículo contra los intentos del ministro Solís destinados a dar una mayor autenticidad e independencia al Sindicato Vertical. Advierte a la derecha económica el peligro de "peronización" del sindicato oficial. A las fuerzas armadas les señala la posibilidad de un futuro enfrentamiento con un sindicato obligatorio e independiente. Se inició una amplia campaña contra él, dirigida por el diario de los sindicatos verticales, "Pueblo", y por su director, Emilio Romero.

Hasta entonces García Trevijano era aún "el notario de Jarandilla" (pueblo de Extremadura, donde ejerció durante tres años), pero el "affaire" del diario "Madrid" le coloca durante los años 71 y 72 en primera plana de la actualidad. En 1970 Carrero Blanco ordena el cierre definitivo del "Madrid", que había iniciado una línea liberal y había tomado partido por el conde de Barcelona. Calvo Serer, presidente del Consejo de Administración, le encarga la defensa del periódico. Su gran mérito residirá en hacer durar el "affaire" durante meses, demostrando a la opinión pública, tanto la imposibilidad de la línea reformista del diario, como la vulnerabilidad del Gobierno.

Dos días después de la muerte de Carrero Blanco se traslada a Estoril y se entrevista con el conde de Barcelona para exponerle la situación dentro del régimen, y para hacerle ver "la gran oportunidad histórica que se presenta ante él si de verdad quiere ser el rey de todos los españoles".

Don Juan no dará el paso hasta el mes de junio de 1975. Mientras tanto, el proyecto de García Trevijano había madurado. Para ello no regateó esfuerzos, ni viajes ni conversaciones con todos los miembros de la oposición. Desde Santiago Carrillo hasta Ruiz Giménez, pasando por Tierno Galván, Felipe González y José María de Zavala. En el extranjero se entrevista con François Xavier Ortoli, con Jean Lecanuet, con Durafour, Chalandon y otros más altos dirigentes franceses. La retirada del pasaporte, por parte del Gobierno español interrumpió sus actividades en el exterior.

Las continúa en España, pues a este hombre, decidido y valiente, no le arredran los ataques ni las amenazas. Un brutal atentado de la extrema derecha le lleva largos días al hospital. ("¿Pero quién le manda meterse en esos líos?", comentó el conde de Barcelona cuando le dieron la noticia). Apenas restablecido, y con un nuevo pasaporte, asiste en París a la gran reunión de la Junta Democrática. Y allí puede comprobar que la dinámica que había ayudado a crear le está, quizás, sobrepasando. La Junta Democrática está implantada en todo el territorio nacional, y la Pla-

taforma de Convergencia, en el camino de la unificación de ambas estructuras, exige la desaparición de las "personalidades" de la Junta. García Trevijano sería el presidente de un nuevo partido de "independientes", en el que entrarían Calvo Serer, quizá José Luis de Vilallonga y otros.

¿Aprendiz de brujo? Es una imagen fácil y, sin duda, arriesgada para un hombre tan sorprendente. El Partido Comunista, gracias a sus esfuerzos, a la presión popular y a las concesiones del propio Partido Comunista, ha ganado, si no una legalización, al menos una "tolerancia" que desembocará pronto en su actuación legal. Los "independientes" habrán logrado una etapa de su programa. ¿Cuál será su papel después?

Entrevista con Antonio García Trevijano

—En ciertos sectores se dice que la Junta Democrática es un pacto político interclasista, que supone un acuerdo entre la derecha y la izquierda por el que la izquierda renuncia a la revolución social. ¿Qué hay de cierto en esta crítica, a su entender?

—El pacto político de los partidos revolucionarios con la burguesía avanzada para llevar juntos a buen término la revolución democrática, no supone la renuncia a la revolución socialista por parte de los partidos revolucionarios. En primer lugar, porque nadie puede renunciar a lo que no tiene. Y en segundo lugar, porque lo que tienen estos partidos, es decir deseos y preparación revolucionarios, por ser una condición peculiar no común con la burguesía, permanecen intactos sin posibilidad objetiva de ser alterados en un pacto político democrático. La burguesía pacta con los partidos revolucionarios porque sabe o cree que la revolución socialista no es objetivamente posible. Pero no comete la ingenuidad de pensar o creer que si se producen las condiciones objetivas para una revolución socialista, los partidos revolucionarios que han pactado con ella la revolución política o democrática, traicionarán a sus ideales socialistas, para ser fieles al pacto con ella en lugar de ser fieles a los

principios específicos en virtud de los cuales existen como tales grupos o partidos revolucionarios. En definitiva, un pacto político, por no ser de carácter jurídico o formal, sino una constatación sociológica de aspiraciones comunes democráticas de opuestos sectores sociales, se entiende siempre que está concluido con la cláusula sobreentendida "rebus sic stantibus". Por ello, el pacto interclasista de carácter político y no social es de naturaleza intrínsecamente transitoria. Terminará cuando las libertades democráticas estén consolidadas mediante la elección popular de un gobierno constitucional, como está expresamente previsto en la Junta Democrática, o bien, cuando se den las condiciones objetivas para la revolución socialista, si se produce antes de aquella previsión, como está tácitamente sobreentendido en la Junta Democrática.

Se comprende muy bien que el rechazo de cierta izquierda a la Junta Democrática proviene de una falta de confianza en ella misma, de la fragilidad de sus deseos revolucionarios, del carácter juvenil de sus recientes formaciones.

—Otros sectores arguyen que la Junta Democrática está dominada por el Partido Comunista. ¿Cuál es, a su juicio, el peso del PC y de otros movimientos dentro de la Junta?

—Esta crítica, que parte de la derecha, o está formulada con mala fe o está basada en la ignorancia de los datos políticos, o en la propaganda totalitaria del Régimen contra el Partido Comunista.

Es de mala fe cuando procede de círculos bien informados que conocen perfectamente el origen de la Junta Democrática, y la relación de fuerzas sociales existente en el seno de la misma. Ni la Junta Democrática ha sido una iniciativa del Partido Comunista, ni es una pura continuidad de su estrategia del Pacto por la Libertad. El Partido Comunista ha tenido la inteligencia política, la flexibilidad y la generosidad suficientes para comprender su necesidad de aceptar el paso cualitativo a una estrategia superior, más vasta y más profunda, como es la de la Junta Democrática.

Sólo la ignorancia de la realidad política española y la propaganda interesada del Régimen pueden jus-

tificar el temor de los que, de buena fe, piensan que el Partido Comunista, a través de la Junta Democrática, podría implantar en España la dictadura del proletariado. El Partido Comunista sólo podría alcanzar este objetivo, suponiendo que fuera su propósito, o bien, conquistando la mayoría de los votos en unas elecciones democráticas, para formar un gobierno homogéneo comunista, controlar todo el aparato del Estado, incluido el Ejército, y desde él suprimir las libertades democráticas, o bien, mediante un golpe de Estado militar. En el primer caso, habría que suponer que más del 50 por 100 de los españoles son comunistas, hipótesis que rechazan precisamente los que se niegan a reconocer la legalidad del Partido Comunista, porque la inmensa mayoría de los españoles no lo quieren. En el segundo caso, habría que suponer que el Partido Comunista controla un gran sector de las fuerzas armadas, hipótesis que rechazan los que se niegan a reconocer la legalidad del Partido Comunista, porque las fuerzas armadas no lo quieren.

—Algunos partidos políticos de la oposición, y el PSOE en particular, critican la composición de la Junta Democrática, por tratarse, dicen, de un pacto entre el PC y personas sin ningún respaldo popular. Para ellos, la única alianza antifranquista eficaz sería la que englobase a las formaciones políticas de la oposición. ¿Cómo respondería usted a esta objeción?

—Hay en esta crítica un dato falso y un planteamiento erróneo. El dato falso consiste en confundir la presencia en la base de todas las Juntas Democráticas existentes en España de personas independientes, no adscritas a ningún partido político ni a ninguna organización sindical con la presencia de algunas personas independientes en la Junta Democrática de España. A este alto nivel sólo existe una persona independiente que, no reclamándose de ningún partido político ni de ninguna formación sindical, no ha sido designada por ninguna base democrática, y por tanto no está en la Junta Democrática de España en representación, sino en nombre propio. Se trata del coordinador. Todas las demás personas que forman la Junta Democrática de España, o bien han sido designadas

por sus respectivos partidos políticos (Partido Socialista Popular, Partido del Trabajo, Partido Comunista de España), o formaciones sindicales (Comisiones Obreras, Patronato empresarial), o bien han sido designadas por las Juntas Democráticas regionales. Estas Juntas regionales han procurado elegir sus respectivos representantes en la Junta Democrática de España de tal forma que no se duplique la representación. Por ello, son mayoría las personas que han sido elegidas como personalidades independientes dentro de cada región, aunque también han sido elegidas varias de ellas por su condición de líderes de partidos o formaciones políticas de carácter regional.

El planteamiento erróneo deriva de la distinta perspectiva en la que se sitúan los partidos políticos que están en la Junta y los que están fuera de ella. El objetivo de los primeros es acabar con el Régimen dictatorial sin demasiadas preocupaciones prácticas electorales para el futuro. Para ellos el objetivo número uno es conquistar la libertad, y luego administrarla. En cambio para el PSOE y para la Democracia Cristiana de Gil Robles y Ruiz-Giménez el objetivo número uno es no perder el exclusivismo legitimista que como partidos socialista y demócrata cristiano creen poseer. Presuponen que la libertad de un modo o de otro va a llegar a España, y su preocupación primordial es obtener en este momento entre ambas formaciones la mayoría electoral para poder administrar la libertad desde una fórmula de centro izquierda como la italiana. El error de este planteamiento es evidente. La libertad no llegará a España más que si se la conquista. Para conquistarla no basta el concurso ni la total unidad de los partidos políticos, aun sin exclusión de ninguno de ellos. Toda la militancia partidista en España no llega hoy a ciento veinticinco mil personas. Mientras que son millones de españoles los que luchan diariamente, fuera de los partidos políticos, por la conquista de las libertades democráticas. No sólo el movimiento obrero es mucho más amplio que la suma de todos los sectores controlados por los partidos obreros, sino que especialmente en la pequeña y media burguesía, así como en la burguesía profesio-

nal, el movimiento democrático se impulsa, se desarrolla y se moviliza al margen de los partidos socialistas y demócrata-cristianos. Si de lo que se trata es de conquistar la libertad, la estrategia de los partidos políticos pasa necesariamente por una plataforma común de carácter unitario donde puedan enrolarse, organizarse y coordinarse esos cientos de miles de profesionales y de ciudadanos independientes que hoy están protagonizando el cambio democrático al mismo nivel de intensidad y de importancia nacional que el movimiento obrero. Son las comunidades de base, en los barrios, de vecinos, de colegios profesionales, de centros de trabajo, de hospitales, de ministerios y centros burocráticos a todos los niveles, etc.

Ninguna dificultad tendrían las personalidades más conocidas a nivel nacional presentes en la Junta Democrática para inventarse una sigla y fundar con sus amigos un simulacro de partido político. Hoy el PSOE y la democracia cristiana de Gil Robles y Ruiz-Giménez reconocen como partido político a la USDE, que como se sabe agrupa a los amigos políticos de Dionisio Ridruejo, pese a su escaso número de militantes y a su recientísima formación. Este criterio formalista no es serio. Bajo la dictadura, y bajo una dictadura de derechas solamente aceptan el riesgo total de la clandestinidad los partidos obreros, con base obrera. Por ello, el más fuerte sin discusión de todos los partidos políticos ilegales es el Partido Comunista. La burguesía solamente acepta riesgos parciales y calculados, por ello los partidos políticos socialistas y demócratas cristianos no son hoy ni pueden ser partidos de masas. Aunque nadie discute la posibilidad que tienen de convertirse en tales cuando puedan operar en un Régimen democrático, es decir sin riesgos. Pero justamente porque estos partidos no han podido o no han sabido ofrecer una respuesta adecuada al Régimen es por lo que decenas de miles de personas que se consideran socialistas o demócratas cristianos no militan, sin embargo, en ellos, y quieren sin embargo estar presentes en el esfuerzo común por la conquista de las libertades. Son estas personas las que más

dinamismo dan en la base de las Juntas Democráticas.

Resulta paradójico que el PSOE declare como una de sus razones para no estar en la Junta el no querer aceptar un papel secundario ante el Partido Comunista, y en cambio aceptar una alianza con este Partido, bien bilateral o bien multilateral con todos los demás partidos políticos. Una plataforma unitaria formada sólo con todos los partidos políticos daría al Partido Comunista más del noventa por ciento de la fuerza común. Son los cientos de miles de demócratas independientes los que han equilibrado la relación de fuerzas existente en el seno de las Juntas respecto al Partido Comunista. Bien se ve que la resistencia del PSOE a entrar en la Junta, pese a las constantes invitaciones de ésta, no puede obedecer a la razón que dice el PSOE, sino a otra razón más coherente con su conducta estratégica.

—El líder de la Democracia Cristiana, Joaquín Ruiz Giménez, ha hecho unas declaraciones en las que pide a las fuerzas democráticas que no hostiguen al futuro jefe del Estado, durante un plazo que no sería de años, sino de meses, para que durante ese tiempo el jefe del Estado sea el promotor y garantice las libertades democráticas. En las mismas declaraciones añade que no vale la pena iniciar un proceso constituyente que podría terminar en lo que él denomina una democracia neocapitalista liberal, porque a su juicio lo que el pueblo español quiere son profundas transformaciones de las estructuras económicas. Con este fin propone un plan muy avanzado de nacionalizaciones. ¿Considera usted esta estrategia compatible con la de la Junta Democrática?

—Las declaraciones de don Joaquín Ruiz Giménez en el diario "Ya" han sorprendido por completo a toda la verdadera oposición democrática. No las ha rectificado, se trata de un texto muy largo y coherente, y por tanto es difícil suponer que haya habido manipulación por parte del diario que las ha publicado.

Sus declaraciones definen la estrategia del reformismo democrático, frente a la estrategia de la oposición democrática definidas por la Junta. Estas dos

estrategias son hasta tal punto incompatibles que ni siquiera admiten sucesión en el tiempo. Quiero decir que el reformismo, al aceptar la legitimidad del punto de apoyo o de partida, que es el Régimen y el príncipe Juan Carlos como rey, choca insuperablemente con el punto de apoyo o de partida de la oposición democrática, que es la ruptura de la continuidad del Régimen, mediante la no aceptación del príncipe Juan Carlos como rey y mediante la formación de un Gobierno provisional que represente a todas las tendencias democráticas existentes en el país.

Superficialmente podría pensarse que el triunfo del reformismo protagonizado por la Democracia Cristiana de Ruiz Giménez y por el socialismo del PSOE, si bien no introduciría la democracia total, representaría un salto cualitativo hacia la misma que favorecería enormemente las posibilidades de acción de la oposición agrupada en la Junta Democrática. Pero las cosas no son así de lógicas. En primer lugar, porque el reformismo democrático a partir del Régimen es objetiva y subjetivamente imposible, tal como ha analizado la Junta Democrática en su Manifiesto, y tal como ha demostrado la conducta política reformista del Gobierno Arias. Y en segundo lugar, porque en el caso de que se concedieran las libertades democráticas a la burguesía, sin concedérselas simultáneamente a la clase obrera, esta discriminación provocaría automáticamente la apertura de un período de violencia, sumamente peligroso para la democracia. Por parte del Régimen, atenazado hoy por un insuperable complejo de culpabilidad se comprende el interés de atraerse, mediante la tolerancia actual y mediante promesa de futura participación en el poder, a la Democracia Cristiana y al PSOE. Una represión masiva contra la clase obrera y contra la burguesía que ha aceptado la estrategia nacional representada por la Junta, es hoy imposible porque chocaría contra la inmensa mayoría de la opinión pública española. Pero esa represión sería posible por parte del Régimen si la hiciera en nombre de la democracia, y avalada con la participación en el poder de la Democracia Cristiana y del PSOE.

La responsabilidad histórica de la estrategia reformista, por su tremendo error y por su complejo de inferioridad, sería incalculable. Por eso desde ahora la Junta Democrática les advierte a los reformistas que no dará ni un día de tregua a su estrategia, ni al príncipe Juan Carlos, ya que su propósito es no demorar la conquista de las libertades totales, y hacer todo lo posible para alcanzar la ruptura democrática incluso en vida de Franco. Y esta decisión política no proviene ni de un afán de pureza intelectual o moral, ni de una ambición maximalista, sino de un profundo conocimiento de la historia y de las condiciones actuales de la realidad social y política española. Para preservar el carácter pacífico del movimiento democrático, en el que es esencial la participación del movimiento obrero, es indispensable la simultaneidad en el disfrute de las libertades políticas de las clases sociales oprimidas. La democracia gradual lleva implícita la violencia. Por eso la rechazamos.

Finalmente, existe una total contradicción en la estrategia reformista de izquierda. Los que piden hoy, bajo la dictadura franquista, la transformación profunda de las estructuras económicas mediante un amplio programa de nacionalizaciones, hacen demagogia izquierdista para justificar su debilidad ante el Régimen, y en realidad no confían en las fuerzas populares democráticas. Si como dice Ruiz Giménez no vale la pena iniciar el esfuerzo de un proceso constituyente porque puede terminar en una democracia neocapitalista liberal, cuando lo que el pueblo quiere son las reformas socialistas, ¿por qué no confiar a ese pueblo que manifieste su apoyo a un programa socialista en las elecciones que se convocarían al final del proceso constituyente? Si lo que la gran mayoría del pueblo español quiere es transformar la estructura económica española en sentido socialista, ¿por qué el proceso constituyente va a terminar en una democracia neocapitalista?

He leído el libro "**DESPUES DE FRANCO, ESPAÑA**", con un interés apasionado. **Chao** es un penetrante retratista, y analiza con gran finura los diversos personajes que van a tener la responsabilidad de actuar en la España de hoy y de mañana que, ¡ojalá!, sea la de siempre, la de verdad, la del pueblo español...

... Ahora, todas las fuerzas vivas que Chao tan bien conoce, se desatan. Una cosa resalta en este libro: **la inteligencia, el realismo, las dotes de los políticos españoles** —de todos, incluso de nuestros adversarios—. Por otra parte, el pueblo, que en tantas ocasiones se quedó en los umbrales de la historia, sin franquearlos, puede poner ahora de manifiesto sus virtudes profundas, su originalidad creadora, su vocación para la acción. Podemos poner mucha esperanza en aquella pujanza de imaginación histórica y de vida del pueblo español. Y este libro, con su riqueza de información y de sugerencias, me parece utilísimo en las circunstancias preñadas de tanto porvenir que está viviendo España.

JEAN CASSOU

Dibujo original de **ANTONIO SAURA**

